

XXXI Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires – marzo de 2019

Reflexiones en torno a las crónicas misioneras

María Inés Aldao
UBA – UNLP - CONICET

Luego de haber expuesto en tantas jornadas anteriores avances de esta investigación, en esta oportunidad quisiera compartir algunas conclusiones de mi tesis doctoral sobre crónicas mestizas y misioneras del siglo XVI. En dicho trabajo analizo las características de lo que llamo las retóricas mestiza y misionera de la cronística colonial novohispana. Hoy y para no extenderme, me ocupo de una zona escasamente abordada con antelación o, mejor dicho, abordada desde una perspectiva histórico-filológica. Me refiero a las crónicas misioneras, aquellos textos coloniales escritos por frailes misioneros franciscanos que han desplegado una labor evangelizadora y escrituraria en Nueva España. Para ejemplificar, haré mención a sus textos más representativos, *Historia de los indios de la Nueva España* de Motolinía (1541) e *Historia eclesiástica indiana* de Gerónimo de Mendieta (ca. 1597).

Dentro del amplio grupo cronístico colonial, las crónicas misioneras presentan características que las distinguen de otras crónicas de tradición occidental. Si bien no todo lo escrito por frailes es crónica misionera (pensemos en las historias de Sahagún y Durán, por ejemplo) sí toda crónica misionera compuesta en los inicios de la evangelización está escrita por frailes que dan cuenta de su enorme tarea misionera en Nueva España con todo lo que esto implica: catequesis, escritura, denuncia de abusos (de conquistadores y eclesiásticos), búsqueda de “nuevas gentes” para evangelizar. Sin embargo, son las historias franciscanas (y no las de otras órdenes religiosas) las que siguen una secuencia y una tonalidad similares. Por un lado, relatan el pasado indígena no solamente como forma de acercamiento a esa cultura que se debe cooptar sino, también, como modo de satisfacer la información que les solicita su orden. Por otro lado, tienen una versión elíptica de la conquista de México, dado que saltean deliberadamente las masacres y se regodean en la idea de “ganar la tierra” como paso fundamental para la “conquista espiritual”.

La atención que prestan al relato de la misión perpetuada por los franciscanos es lo que las diferencia de las crónicas compuestas por frailes de otras órdenes. Por esto, considero que el concepto correspondiente para estos textos es el de “crónicas misioneras” y no “de las misiones” (Tobar Donoso, 1960), “evangelizadoras”, “eclesiásticas”, “espirituales” (Carrasco, 2016), “religiosas” (Rabasa, 1996; Rubial García, 2002), como se las ha intentado clasificar. En primer lugar, el hecho de que las crónicas aludan a temas religiosos no las hace

“misioneras”, dado que lo de “religioso” remite a un conjunto de textos de orden catequístico, como los sermonarios, las doctrinas, las gramáticas, los manuales, los devocionarios, es decir, una inmensa red de escritura de tema y tenor eclesiástico destinada a frailes de la misma orden y que puede pensarse como parte del escenario del que éstas se nutren. Pero estos textos no son, en concreto, relatos sobre y desde la evangelización. El yo misionero enuncia y denuncia *in situ*, de aquí que no gesticule un texto doctrinario sobre cómo evangelizar sino una historia en la que se (re)cuenta aspectos de dicha evangelización. En segundo lugar, considero que el concepto “crónica misionera” es más preciso respecto de la intencionalidad del enunciador. Es decir, no se puede afirmar que una crónica mestiza no sea, a la vez, religiosa, pues todo en ella señala la importancia de la introducción del cristianismo en Nueva España; cronistas como Diego Muñoz Camargo escriben desde un universo simbólico y alegórico bíblico que se puede apreciar no sólo en la descripción de la migración mexicana hacia Tenochtitlan sino, también, en sintagmas concretos que refieren a los Salmos del Antiguo Testamento. Pero el objetivo del enunciador no es, de ninguna manera, transmitir la importancia de las misiones en Nueva España. Por el contrario, en las crónicas misioneras se observa un objetivo que excede el de la mera transmisión de la historia.

Propongo, entonces, que las crónicas misioneras son aquellos textos coloniales escritos por frailes franciscanos que misionan en Nueva España desde mediados a fines del siglo XVI (época especialmente propicia para dicha escritura pues abarca desde los inicios de la evangelización hasta los primeros signos de su decadencia) no con el objetivo de transmitir las peculiaridades de la Nueva España (aunque esto aparezca en los textos) sino para mostrar la labor de la Orden de los Frailes Menores y el supuesto éxito de la evangelización. En estas crónicas el enunciador subraya y defiende su lugar de pionero de la evangelización novohispana, *locus* que no se encuentra en las crónicas escritas por otros frailes. Son textos en los que coexisten complejamente la descripción y la argumentación, la tradición indígena y la occidental, el relato etnográfico y el propagandístico de la orden. En cierto sentido, son textos “desobedientes”, en tanto desatienden, en gran medida, el relato de la historia de los indígenas a convertir para dedicarse a la historia del proceso de evangelización, intercambiando, de esta manera, relato del pasado por relato del presente.

Estas crónicas construyen un sujeto de la enunciación que de manera constante hace alusión a un “yo” que “vio” y “estuvo”, sujeto experiencial que, desde Nueva España, es capaz de transmitir un mensaje esperanzador / evangelizador avalado por su *locus* misionero y que, a la vez, se inscribe como apóstol que, luego de la muerte de Cristo, es el responsable de transmitir sus enseñanzas. Este enunciador se hace eco de las palabras apostólicas: “no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hechos 4, 20) a través de una insistente presencia del pronombre “yo” y de verbos conjugados en primera persona singular: “yo lo vi” (Mendieta, 2002, III: 408), “(yo) anduve”, “(yo) soy testigo” (Motolinía, 2014: 11) y “siendo yo allí guardián” (Mendieta, 2002, IV: 90). Además, “Los nuestros” (Mendieta, 2002, I: 134) son los religiosos de la orden

franciscana. Estas alusiones son constantes: “nuestra orden” (Mendieta, 2002, IV: 44), “viniendo espantados a consolarse con nosotros” (Mendieta, 2002, II: 206), “los frailes de nuestra compañía” (Mendieta, 2002, IV: 113), “la orden de nuestro padre S. Francisco” (Mendieta, 2002, V: 452), “acurrieron a nuestro monasterio” (Motolinía, 2014: 156).

Por otro lado, las crónicas misioneras son crónicas del exceso. En ellas el yo se manifiesta como un sujeto asombrado ante los ritos paganos pero, fundamentalmente, ante la respuesta indígena posconversión. En estos relatos, regidos por la referencia intertextual, predominan la hipérbole, la enumeración y la iteración como manifestaciones de un yo que no sale de su estupor. Todo en estos textos es excesivo: la autoreferencialidad, las anécdotas, los *exempla*, la extensión de las mismas obras, los ejemplos de “santos varones”, las alusiones bíblicas, las cantidades (de bautizados, por ejemplo). De igual forma que los “muy”, “tan” y “tanto” y el tópico de lo inefable de las *Cartas de relación* de Cortés y la *Historia verdadera* de Díaz del Castillo, en la crónica misionera prevalece la demasía. Sin embargo, y a diferencia de aquéllas, el exceso para el fraile está dado por y a partir del proceso de evangelización, no por los sucesos relativos a la conquista. De ahí que la escritura del fraile parezca inacabable, multiplicando, como Jesús los panes y pescados para sus seguidores, los relatos sobre la evangelización. Esta preponderancia de la profusión y reiteración no condice con la austeridad promulgada por las mismas crónicas. Si los franciscanos se presentan como los *motolinea* de sus propios textos, el enunciador de sus crónicas gesta un discurso incansable que repite anécdotas y hechos similares y que promulga los mismos valores una y otra vez: los conversos se bautizan, confirman, comulgan, acuden al sermón de a miles, todos los días, sin descanso. Son, entonces, crónicas de la desmesura que muestran la necesidad franciscana de monopolizar la religión, el discurso de la orden que la administra, el espacio, la palabra.

A pesar de esta voluntad de exceso, la omisión es otra de sus características. El enunciador de una crónica misionera, así como celebra el “pasar a estas partes”, gesta un pasaje casi inmediato y sin conflictos entre un pasado pagano y un presente en el que reina la armonía a partir de la introducción de la fe. La retórica misionera brinda escenas en las que los indígenas acuden solícitos y felices a las celebraciones sacramentales que pretenden mostrar una engañosa sensación de homogeneidad. Es por esto que los “enemigos” a combatir en las crónicas misioneras son, al principio, Satanás y los ritos idolátricos y, una vez consumada la evangelización, los españoles “malos cristianos” que con su relajamiento de las costumbres hacen peligrar lo conseguido por los franciscanos. Estos españoles no son los conquistadores de las huestes cortesianas que han posibilitado la llegada del cristianismo, sino los crueles encomenderos que buscan beneficiarse de la servidumbre indígena. A ellos se dirige la vehemencia crítica del enunciador en innumerables oportunidades.

Para el fraile, el pasado indígena no es un dato etnográfico, sino un eslabón más en el relato del supuesto éxito de la evangelización. Es por esto que en las crónicas misioneras la defensa del indígena es crucial. Sin embargo, el indígena al que se defiende es el converso: manso, sumiso, fiel, comprometido y “ganoso de

enterarse de nuestra fe” y alejado de los “falsos dioses”. El indígena del “presente” es el destinatario ideal de la evangelización, “oveja” idílica por la que valen la pena los desvelos franciscanos. De aquí se desprende que, si en el pasado el indígena vivía “engañado”, en el presente, a raíz de la “luz de la fe”, se torna ser de razón, desengañado y encaminado, gracias a la guía franciscana. A través de la imprecisión y el distanciamiento, herramientas con las que relata el pasado, el enunciador se presenta como el iluminador, quien des-vela y trae certezas a un mundo que, según él, no las tenía. Por esto la excesiva insistencia del fraile en las alusiones al presente (“yo, que esto escribo”, “yo, que aquí estoy”). Su paso por el pasado es obligatorio (ambas crónicas misioneras fueron pedidas por autoridades) y necesario para el ensalzamiento de la labor evangelizadora. Sus “hoy”, “ahora”, “en este momento” y la incorporación del yo en el presente en plena labor son una muestra de ese regodeo por el estar en el lugar preciso y en el momento justo.

Para evidenciar esta presencia y efectividad de la tarea emprendida, estos textos operan con la sobreimpresión: donde había idolatría, superponen imágenes alusivas a la fe (cruces, iglesias, pinturas de santos y los otros “doce”, los apóstoles). Donde había *teocalme*, oponen monasterios (lugares en los que transcurren muchos de los episodios milagrosos). Donde había *calmécac* y *telpochcalli*, fundan colegios en los que se enseña la cultura occidental. Y donde había un relato plagado de referencias al proceso de conquista, la crónica misionera brinda un relato que narra otro proceso, el de la tarea franciscana.

Asimismo, en estas crónicas la retórica tiene, por momentos, cruces con la tradición indígena. Los gerundios, las reiteraciones, la parataxis, el patetismo e imágenes y metáforas típicas del universo nahua, entre otros recursos, muestran un discurso dador y deudor de dicha tradición. Si los franciscanos fueron los promulgadores de la importancia del acercamiento a las lenguas amerindias como primer paso para catequizar (conocer para enseñar), tanto en las incansables explicaciones etimológicas de términos nahuas (que no están presentes en otras crónicas de tradición occidental), como en la misma prosodia se evidencia esa cultura ya, en parte, adquirida. Aun así, incorporan explícita o implícitamente el discurso cristiano: citas de la Biblia y de autoridad, comparaciones con hechos y personajes de los testamentos Antiguo y Nuevo, extensas exclamaciones, incorporación de redes semánticas bíblicas (“oveja”, “rebaño”, metáforas bélicas y medicinales). Por momentos, el texto se estructura a la manera de un sermón u homilía: vocativo de tenor cristiano (“hijos míos”), pregunta retórica similar a la de los salmos, alusión a alguna cita bíblica (generalmente, una parábola), explicación de la misma, punto de vista del enunciador sobre el tema relacionado a la realidad novohispana. También el relato hagiográfico es fundamental para entender *Historia eclesiástica indiana* y las semblanzas de frailes de las crónicas. Los santos (franciscanos) y el patrono de la orden, San Francisco de Asís, son referencia constante en estos textos, modelos de sacrificio y compromiso con la orden.

Por otro lado, en las crónicas misioneras son recurrentes las referencias al cuerpo, un cuerpo que se presenta siempre en movimiento, activo, que camina, evangeliza, escribe y se desplaza por un territorio ya

presentado como conocido, muy distinto a esa suerte de sujeto inmóvil de las crónicas mestizas que describe y narra desde esa aparente inacción. Ese cuerpo, y a raíz de su continuo andar, es un cuerpo doliente, que sufre en pos de la misión. Come poco, descansa menos, duerme peor. Siempre está enfermo. Los pies, los brazos, la cabeza, el estómago, todo le duele a este enunciador que se presenta como un mártir que, pese a dichas dolencias, continúa su labor. Es en este sentido que detecto una “retórica del lamento”, basada en la victimización del yo franciscano frente a la magnitud de la tarea que le toca realizar, y como posicionamiento frente a los lectores (miembros de la orden franciscana pero, también, otros representantes del clero) como sujeto signado para llevar adelante dicha labor. Así, el enunciador de la crónica misionera presenta una férrea voluntad de diferenciarse de los otros: no es indígena ni mestizo pero tampoco es español conquistador, o mejor, es un conquistador de otra índole. El yo se presenta como fraile misionero franciscano, tres rasgos indisolubles. La incansable referencia a la labor de su orden en Nueva España exime a las otras órdenes de formar parte del “nosotros”. De aquí la alusión constante a la historia de los Doce (Motolinía es uno de ellos) y de tantos otros franciscanos, desde el anuncio de la tarea confiada hasta el destino de cada uno de ellos. De esta forma, el enunciador indica quiénes fueron y son los responsables de la evangelización de los indígenas y, asimismo, postula quiénes deberían perpetuarla.

Esta labor escrituraria, continuada en el relato epistolar de Motolinía y Mendieta (y que será motivo de mi próxima investigación) se convierte en labor, más que informativa, propagandística, de la orden franciscana en Nueva España. Así como el fraile da misa, busca adeptos por los pueblos y administra sacramentos, es la escritura, a su vez y aunque le pese, parte inexcusable de su tarea apostólica.

Bibliografía

- Carrasco, R. (2016). *El proceso de formación textual en las crónicas franciscanas de Nueva España (Siglo XVI)*. Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Pittsburgh.
- Cortés, H. (2010). *Segunda carta de relación y otros textos*. Edición, prólogo y notas de Valeria Añón. Buenos Aires, Corregidor.
- Díaz del Castillo, B. (2011). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid, Real Academia Española.
- Durán, D. (1984). *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*. México, Porrúa.
- Mendieta, G. de (2002). *Historia eclesiástica indiana*. México, Conaculta.
- Motolinía, T. de B. (2014). *Historia de los indios de la Nueva España*. Madrid, Real Academia Española – Centro para la Edición de los Clásicos Españoles.
- Muñoz Camargo, D. (1998). *Historia de Tlaxcala*. Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala.

Rabasa, J. (1996). “Crónicas religiosas del siglo XVI”. En Garza Cuarón, B. y G. Baudot (coords.), *Historia de la literatura mexicana. 1. Las literaturas amerindias de México y la literatura en español en el siglo XVI*, pp. 321-350. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Siglo XXI.

Rubial García, A. (2002). “La crónica religiosa: historia sagrada y conciencia colectiva en el siglo XVII”. En Chang-Rodríguez, R. (coord.), *Historia de la literatura mexicana. 2. La cultura letrada en la Nueva España del siglo XVII*, pp. 325-371. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Siglo XXI.

Sahagún, B. (1988). *Historia general de las cosas de Nueva España*. Madrid, Alianza.

Tobar Donoso, J. (Ed.) (1960). *Historiadores y cronistas de las misiones*. Quito, Biblioteca Ecuatoriana Mínima.